

# La identidad nacional y la literatura en el mundo eslavo. Introducción

National identity and literature in the Slavic world. Introduction



**Omar Lobos**

Universidad de Buenos Aires

calfucur@yahoo.com.ar

**Eugenio López Arriazu**

Universidad de Buenos Aires

earriazu@yahoo.com.ar

Antes de abordar, como propone el presente dossier, la relación entre la literatura y la constitución de identidades nacionales, es necesario detenernos, brevemente por razones de espacio, sobre los conceptos que articulan la propuesta: identidad, literatura, nación. Cada uno de ellos es un punto de partida cuyos supuestos y concepciones pueden estar más o menos explícitos en los artículos que siguen. ¿Cómo se concibe la identidad en general? ¿Cómo se concibe una identidad colectiva? ¿Qué diferencias y terrenos compartidos hay entre las nociones de etnia, tribu, pueblo, nación y Estado? ¿Qué tipo de relaciones centro-periferia se ponen en juego? Y luego, ¿qué funciones sociales cumple la literatura? ¿Cuáles son las características del texto literario que le permiten cumplir dichas funciones? Cada uno de los artículos podrá tener sus propias concepciones al respecto. Dejamos al lector la tarea de excavarlas, evaluarlas y disfrutar el juego de las diferencias. Brindaremos aquí sólo una introducción general que ponga en perspectiva dichos aspectos.

Si bien la ontología y las discusiones sobre el ser y su identidad se remontan, en nuestra tradición filosófica occidental, a Parménides y Heráclito, el tema de la identidad tomó fuerza y un cariz particular con la emergencia de la corriente posestructuralista en el campo humanístico. El sujeto surgió estallado, nunca más igual a sí mismo: colectivo y mutable para G. Deleuze, diseminado para J. Derrida, en perpetua interacción con el Otro en los campos discursivos de la Historia y de las sociedades disciplinares que analiza M. Foucault. M. Bajtín hace su entrada en Occidente, en este contexto, con su visión

dialéctica del yo y el otro. La teoría poscolonial abrega desde E. Said hasta H. Bhabha de estas fuentes para pensar la identidad de las excolonias en una dialéctica de poder entre el yo colonialista y el otro colonizado. Las teorías feministas intervienen hasta el día de hoy proponiendo, según el caso, nociones híbridas, no binarias y contestatarias del patriarcado. Identidad social e individual se hacen indiscernibles desde un punto de vista filosófico. El sujeto individual, traspasado de lengua y discursos, es colectivo. En el plano estrictamente individual, tal como lo aborda la psicología, la identidad también pierde su carácter tradicional de esencia inmutable. Las teorías cognitivistas apoyan la noción de identidad como construcción psicológica. Por último, el sujeto no solo deja de ser esencia individual, sino totalidad. No sólo deviene, en las nuevas concepciones, colectivo y mutable, sino fragmentario. Si ya, desde S. Freud, el yo nunca coincide consigo mismo, J. L. Borges definirá el plano individual con la potencia perturbadora del fragmento y la mutación:

Somos nuestra memoria,  
somos ese quimérico museo de formas inconstantes,  
ese montón de espejos rotos.  
Jorge Luis Borges, "Cambridge"

En esta línea de pensamiento, por ende, concebir y tratar de caracterizar una identidad nacional implica prestar atención al devenir histórico de un sujeto colectivo supra individual, construido y provisorio, formado por individualidades que no necesariamente se reconocen en el conjunto, objeto y resultado de operaciones socio-políticas de sentido. En su libro *Comunidades imaginadas*, sobre el origen y difusión del nacionalismo, Benedict Anderson acentúa justamente el concepto de "imaginadas": si la nación es una comunidad por cuanto, más allá de las diversas desigualdades a su interior, "se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal", es imaginada en tanto en la mente de cada uno de sus miembros, aunque es imposible que se conozcan todos entre sí, vive no obstante "la imagen de su comunión" (Anderson, 1993, pp. 23 y 25).

En este contexto, la literatura misma adquiere una identidad nueva, pues interviene en la construcción de esa imagen. Ya no es el reflejo mimético de la realidad, sino parte constitutiva y creadora de aquella. Si la identidad cultural, en palabras de Mancilla Torres,

se materializa, en la práctica de la vida social, a través del hecho de que una comunidad de individuos comparte un determinado conjunto de condiciones de vida que posibilitan una constelación común de significados, asumidos éstos como patrimonio digno de defenderse y preservarse y que, en todo caso, proveen patrones, sustentables en el tiempo, de funcionamiento y de comprensión intersubjetiva de la realidad (Mancilla Torres, 2006),

entonces hay que ver en la literatura uno de los elementos del campo semiótico en el que se forjan identidades: nacionales y minoritarias, hegemónicas e insurgentes.

Lo anterior no quiere decir, por supuesto, que así pensarán la literatura quienes a ella recurrían en otras épocas y latitudes para discutir los asuntos de sus tiempos. La larga tradición realista, tanto de cierto romanticismo como del realismo propiamente dicho del siglo XIX, podía bien ver en la literatura un instrumento de “representación”, de mimesis fiel a la realidad. Nada le impide al crítico moderno, sin embargo, ver en tales “representaciones” un acto de creación, la circulación de significados que construyen una identidad. Además, la concepción de la literatura como poiesis es también de larga data en una literatura como la rusa. Así la concebían N. Gógol, F. Dostoievski y L. Tolstói, en el siglo XIX, y V. Jliébnikov y Iu. Tiniánov, entre otros, en el siglo XX (López Arriazu, 2021).

Con respecto a los conceptos de tribu, nación y Estado, los eslavos pasan en el siglo XIX de usar la noción de tribu a la de nación para autoidentificarse. El hecho está relacionado con las luchas de la independencia de los pueblos eslavos bajo los imperios austro-húngaro y otomano, que va de la mano con la aspiración, dominante en el siglo XIX, de conformar Estados nacionales, modernos por oposición a los Estados tradicionales multiétnicos. Lo mismo sucede, con matices, en Polonia, que se encuentra sin Estado (repartido entre Austria, Prusia y Rusia), pero que, a diferencia de otros pueblos eslavos, ya lo había tenido. Rusia, finalmente, es el jugador mayor en el ajedrez geopolítico internacional y modula también su identidad para establecer lazos a su favor con los otros países eslavos. Sin embargo, no todos los países eslavos actuales adquirieron un Estado propio en el siglo XIX. Muchos de ellos fueron parte de otros Estados (Checoslovaquia, Yugoslavia, por ejemplo) y recién tuvieron un Estado nacional a fines del siglo XX.

Plantear un dossier sobre literatura e identidad nacional en el mundo eslavo es una tarea a primera vista dificultosa. Son doce los países eslavos, que, si dejamos la política a un lado, hablan al menos ocho idiomas no siempre mutuamente comprensibles,<sup>1</sup> que muchas veces pertenecen a tradiciones incluso opuestas, que están atravesados por religiones e iglesias históricamente antagónicas, que tienen, por último, historias disímiles. Hay también, sin embargo, puntos de contacto. Para dar un panorama del mundo eslavo sobre el tema propuesto, el presente dossier incluye cinco artículos que apelan a una doble estrategia, esto es, se han seleccionado temas trasversales, pero también casos de países puntuales.

Eugenio López Arriazu recorre algunas representaciones y construcciones identitarias de Rusia en relación con su “idea mesiánica” y de Rusia y otros países eslavos en relación con el paneslavismo del siglo XIX. Es su propósito

<sup>1</sup> Los países son Chequia, Eslovaquia, Polonia, Eslovenia, Croacia, Montenegro, Serbia, Macedonia, Bulgaria, Ucrania, Bielorrusia y Rusia. Las lenguas son checoslovaco, polaco, esloveno, serbocroata, búlgaro-macedonio, ucraniano, bielorruso y ruso.

mostrar la interrelación entre la labor literaria, tal como se presenta en una serie de escritores, tales como P. Chaadáiev, A. Herzen, N. Berdiáiev, F. Dostoievski y L. Tolstói, entre otros, y las ideas circulantes en la época, que ellos mismos, en muchos casos, afianzan no sólo a través de su literatura, sino también con su prosa ensayística. Del conjunto, surgen varios perfiles identitarios para los pueblos, muchas veces incluso contradictorios, que dependen, en su hipótesis, de los proyectos políticos en los que se enmarcan y a los que les dan sustento. La primera parte del artículo está dedicado a la idea mesiánica en Rusia, para ver luego, en la segunda parte, cómo esta idea interactúa con los diferentes proyectos paneslavistas y de qué manera el paneslavismo contribuyó, de manera diferencial, a la emergencia de una identidad nacional, vehiculizada y construida en los textos literarios, en los diferentes países eslavos.

Con puntos de contacto con el artículo anterior, Omar Lobos también propone un recorrido transversal, solo que centrado en la gravitación, en lo que hace a la construcción de estas identidades, de la Iglesia Ortodoxa y sus posteriores variantes nacionales. El trabajo realiza un relevamiento histórico general para luego centrarse en documentos literarios (en sentido amplio) que en sus épocas respectivas constituyeron –y constituyen– reflexiones insoslayables en torno al rol del cristianismo, la Iglesia y las relaciones de esta con el Estado (en el caso ruso, imbricadas en la potente idea mesiánica de Moscú como la Tercera Roma), y, como en todo el ámbito eslavo, el posicionamiento respecto de Europa. Los testimonios analizados fueron hitos en los debates históricos: tal el caso de las memorias de un protagonista fundamental del cisma religioso ruso en la segunda mitad del siglo XVII, el Raskol, hecho que constituyó un preámbulo trágico a las radicales transformaciones que se darían bajo el reinado de Pedro el Grande; o, ya en la Rusia moderna, consumada la secularización de la cultura a partir de las reformas occidentalistas de Pedro, las invectivas y reproches contra la Iglesia Ortodoxa que parten del seno de la intelligentsia, como la primera “Carta filosófica” de Piotr Chaadáiev y la célebre “Carta de Bielinski a Gógol”. Con matices y divergencias, tales testimonios permanecen cautivos de la idea mesiánica rusa elaborada desde el seno mismo de la iglesia.

En el artículo “El concepto de skitalec en la historia de las literaturas eslavas”, Julia Sarachu analiza la importancia del tópico del eslavo vagabundo o eslavo errante, y el motivo del deambular, el vagabundeo o errancia, en relación con la conformación de la identidad nacional rusa, y su aplicación posterior a todo el ámbito cultural eslavo como problema central de las literaturas, a partir del cual se definiría el carácter específico que actúa como centro de gravedad en torno al cual se construye la identidad eslava. Parte del análisis del texto “La figura del eslavo vagabundo en la poesía rusa” (Prijetelj, 1900) del teórico literario esloveno Ivan Prijetelj (1875-1937), publicado en la revista literaria Slovenka en el año 1900. La reflexión de Prijetelj toma el concepto de skitalec planteado por Dostoievski en Discurso sobre Pushkin (1880), lo redefine ampliando su campo de aplicación a las literaturas eslavas en general, y analiza la evolución del tópico en relación con algunos autores y obras fundamentales de la

literatura rusa del siglo XIX. Por este procedimiento Prijatelj redefine la identidad eslovena con clara intencionalidad política, en oposición a la cultura germánica y estableciendo un vínculo de hermandad respecto de otras naciones eslavas en un momento crucial de la historia europea: pocos años antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa de 1917, la desintegración del Imperio austrohúngaro, y la constitución del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos después de la guerra. Sarachu analiza los fundamentos filosóficos del concepto de skitalec, los diversos aspectos en relación con los cuales produce sentido en el contexto cultural ruso y esloveno, su aplicación en algunas de las principales obras literarias y filosóficas de la literatura eslovena y rusa comparativamente, y el contexto ideológico europeo.

Pablo Arraigada aborda, como adelanto de las hipótesis y líneas de investigación de su tesis doctoral (UBA), un análisis de la literatura partisana y su rol en la constitución del nuevo Estado socialista de Yugoslavia, que emerge tras la segunda guerra mundial. De este modo, se exploran cuestiones identitarias que surgieron en un determinado momento histórico y que atañen a un conjunto de países actuales. La Segunda Guerra Mundial en el territorio yugoslavo motivó la resistencia popular, base del futuro Estado nacional socialista en esa región. El movimiento partisano debió enfrentar amenazas internas y externas, pero ¿quiénes eran estos partisanos y cómo se volvieron actores centrales y héroes en la República Popular de Yugoslavia posteriormente? En el trabajo, se indaga sobre la identidad yugoslava y partisana, y se reflexiona acerca de cómo la diversidad ha sido un elemento que fue de la mano con la unión del pueblo para la defensa de su tierra. Tomando a Maria Todorova y Néstor García Canclini, entre otros teóricos, se aborda lo multicultural y la hibridación de la región, para luego plantear la importancia de la producción literaria de quienes fueron actores sociales y partícipes del conflicto bélico. De esta manera, se buscan puntos de partida para una investigación de una literatura partisana que da lugar a un nuevo género literario, y una de las bases en el nuevo proyecto de nación socialista entre los eslavos del sur.

En su artículo, y luego de un somero repaso histórico sobre algunos de los puntos de contacto más destacados entre literatura e identidad en el último siglo y medio, Alfredo Martín Torrada se centra en una obra particular dentro del caso checo como *Las aventuras del buen soldado Švejk* para explorar las claves a partir de las cuales la novela de Jaroslav Hašek se convirtió en uno de los símbolos de la identidad checa. Así, el artículo analiza las formas en la que la obra dialoga, desde una lengua y una tradición marginadas durante siglos, con los grandes acontecimientos políticos de la época, afirmándose al mismo tiempo en el reclamo del pueblo checo a la construcción de su propia nación. Su carácter plebeyo, el sentimiento anti-imperial que se desprende de sus personajes, la utilización del relato enmarcado como aproximación a la narración oral, o la importancia de la taberna como contexto de producción literaria son algunos de los puntos que en sus líneas se abordan.

En tanto, Urszula Lugowska analiza los poemas-canciones del gran cantautor polaco Jacek Kaczmarski –que para muchos compatriotas y críticos literarios personificó la identidad polaca en la época de la gloria del sindicato Solidaridad– poniendo énfasis en su evolución desde la postura que elogia el típico romanticismo polaco hasta la desilusión con los mitos nacionales. Las canciones de Kaczmarski sirven de ocasión para puntear los hitos históricos y literarios que fueron constituyendo una identidad cambiante y hasta el día de hoy polémica para los mismos polacos.

Susana Cella, por último, aborda la novela de Borís Pilniak *El año desnudo*, publicada en 1922, que le permite analizar, a través de la trama, de los personajes, y, sobre todo, de la particular estructura, las relaciones entre literatura/sociedad, propuestas de vanguardia, representaciones de lo popular y de las instituciones, en el convulso momento en que acontece la Revolución. Así, lo que se denomina conflicto de identidades, nos dice la autora, tiene que ver con las afiliaciones que se sostienen o no en el momento de profundos cambios estructurales que acontecen en Rusia en el año 1921. Allí se despliegan las visiones diversas del pasado y del futuro en las voces de los personajes, en una matriz esencialmente dialógica donde conviven los nuevos discursos revolucionarios con los recuerdos y las remitencias a la historia nacional.

Así, la literatura aparece como un espacio privilegiado de condensación de todos los discursos que de un modo u otro ponen en debate o construyen identidad. Nuestro trabajo propone articulaciones que tienen como ejes, a menudo superpuestos, la comunidad etnolingüística, la comunidad religiosa, la comunidad ideológico-política, ejes que se revelan productivos para el abordaje del conjunto tan extenso como complejo de los pueblos que conforman la llamada Europa del Este.

## Bibliografía

---

- » Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas*. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica.
- » López Arriazu, E. (2021). Palabras como manos. La grulla de V. Jliébnikov. *Eslavia*, (8).
- » Mansilla Torres, S. (2006). Literatura e identidad cultural. *Estudios Filológicos*, (41), 131-143.
- » Prijatelj, Ivan (1900). Tip slovanskega skitalca v ruski poeziji. En *Slovenka* (228-232). Trst: Tiskarna "Edinost".